Simone Weil. *Sobre el Padrenuestro*. Introducción de Josep Otón Catalán. Trotta, 2026, 80 pp. ISBN: 978-84-1364-352-6.

Es sabido que el Padrenuestro es una de las oraciones fundamentales del cristianismo y, en particular, del catolicismo. De hecho, su título subraya dos pilares fundamentales de la Iglesia Católica sostenidas por el milenario Magisterio y Tradición eclesiásticos. A saber, Padre, como filiación divina, y Nuestro, como fraternidad universal de los católicos (*Kata holos*, según totalidad). La referencia bíblica de esta recitación se localiza en dos pasajes, el Evangelio de Mateo (Mt 6, 9-13) y el de Lucas (Lc 11, 2-4). Nos encontramos, pues, ante una excepcional obra que profundiza en esta oración y en la particular traducción que realizó del texto griego la filósofa, activista social y política de origen judío Simone Weil (1909-1943). La introducción de este ensayo ha sido realizada por Josep Otón Catalán que, de forma excelente y rigurosa, invita al lector a profundizar en el contexto en que la intelectual francófona descubrió esta plegaria y el crucial papel que esta realiza en el conjunto de su pensamiento, en su espiritualidad y en su obra, publicada a título póstumo.

A lo largo de las páginas que componen el preámbulo, su autor, el Dr. Otón, nos adentra en la experiencia del Padrenuestro para Weil que vivió, a raíz de él, una auténtica y substancial transformación interior en septiembre de 1941, mientras cosechaba la uva. Más aún, según nos informa Otón, Weil había traducido el Padrenuestro del griego, aprendiéndoselo de memoria y repitiéndolo incansablemente mientras vendimiaba. Se habituó, desde entonces y durante el resto de su breve vida, a recitarlo cada mañana con "plena atención". Sostenía que no era posible declamarla sin que se produjera un intenso cambio en el interior de la persona. Como ella misma confiesa, las primeras palabras de esta oración arrancan el pensamiento del cuerpo trasladándolo a un "lugar" que trasciende las coordenadas espacio temporales, a la infinitud que rebosa silencio o, más bien, que permanece plenamente atravesada por él. He aquí la experiencia de lo trascendente que, según Weil, deviene el lugar donde Dios sale al encuentro de la persona, abduciéndola de su realidad. En este sentido, el Padrenuestro se convierte en un contexto apropiado para la experiencia espiritual de quietud, de contemplación, en definitiva, de revelación. Un "momento" fuera del tiempo en que Cristo se hace presente, una experiencia genuina de la acción de la gracia misma de Dios en la persona.

Tal como Otón describe acertadamente, no es la recitación del Padrenuestro la primera experiencia en que Weil descubre la presencia de Cristo, de manera clara y llena de amor. Posiblemente, la primera vez a la que ella misma hace alusión, según el autor de la sugerente introducción, remitiría a una experiencia del año 1938, cuando, durante la Semana Santa, visitó la abadía de Solesmes y escuchó el canto gregoriano. En esta situación, ella misma describe que, en el transcurso de los oficios, "el pensamiento de la pasión de Cristo entró en mí de una vez y para siempre" (citada por Otón, p. 15).

Tras describir este episodio, Otón introduce en la experiencia espiritual de Weil del Padrenuestro en el inusitado ambiente de la vendimia. El autor describe cabalmente que, si bien anteriormente había tenido encuentros con el catolicismo en entornos sacros: una procesión, una capilla en Asís, la liturgia de la Pascua, en esta insólita ocasión su experiencia mística se circunscribe al entorno de la vendimia, en la crudeza del trabajo sometido a las inclemencias de la intemperie. Este hecho evidencia su preocupación por los obreros y las condiciones laborales. Afligida por la cosificación de los proletarios en las factorías, se interesa y reflexiona por el efecto deshumanizador del trabajo en las cadenas de producción. Otón afirma que Weil descubre en la fábrica el laboratorio de la distopía social, esto es, el efecto alienador de la concepción mecanicista del colectivo, privando al individuo de la capacidad de pensar por sí mismo, convirtiéndolo en materia inerte, sumiso y obediente, desgarrándolo incluso de la potencialidad misma de ser persona. Es aquí donde Weil descubre la posibilidad de la acción de Dios, la gracia capaz de elevar a la persona contrapuesta a la fuerza de la gravedad que todo lo atrae irremediablemente hacia el centro de la tierra. La gracia que le permite crecer verticalmente desafiando el ímpetu gravitatorio que todo lo empuja hacia abajo.

Quizás el fragmento más importante de la introducción, inspirador y que permite una amplia lectura pedagógica y teológica, sea el apartado que Otón dedica al concepto de atención en la obra de Weil. De hecho, según él, la atención proporciona al individuo la posibilidad de contrarrestar el efecto de la gravedad. He aquí, entre otros aspectos, el valor que adopta la recitación del Padrenuestro con "plena atención". Si previamente Weil había denunciado el efecto alienante del trabajo sobre el individuo, ahora esclarece el abanico de oportunidades que despliega la atención como vía de acceso a la verdad. La atención consiste en suspender el pensamiento, dejándolo vacío, abierto y accesible a la trascendencia. Subyace aquí por qué Otón insiste en que la atención requiere una purificación

previa de la mente, un desapego intelectual, una liberación de todo prejuicio, condición *sine qua non* para captar los infinitos, y aparentemente ocultos, matices de la realidad. Se trata de una atención contemplativa, fecunda, basada en la mirada pura, vaciada de sí misma para dejarse impregnar por la Verdad. Por eso, precisamente, el Padrenuestro es una de las formas más genuinas de atención.

Con todo, Otón puntualiza de forma apropiada que para Weil no es la acción o el esfuerzo humano lo que posibilita el acceso a Dios, sino la gratuidad de la acción divina. Para elevarnos, escribe en el prefacio, necesitamos una energía trascendente que nos alimenta (p. 27). El esfuerzo de la atención, de orientar la mirada hacia Dios, no elude que, en cualquier caso, la iniciativa es de Dios. Al fin y al cabo, elevar el alma humana es una acción libre y gratuita del Creador.

Más allá del sublime exordio de Otón, prosigue la obra la traducción al español a cargo de María Tabuyo y de Agustín López del comentario al Padrenuestro de Weil. La primera frase que la intelectual francesa traduce es *Padre nuestro, el que está en los cielos*. En su interpretación Weil afirma que, como Padre, no hay nada real en nosotros que no proceda de Él. Le pertenecemos por entero, somos suyos y Él nos ama. Sin embargo, trasciende el mundo. Sólo podemos dirigir hacia Él nuestra mirada. Con esto, la autora soluciona el controvertido problema del mal. El mal no procede del Padre, que es infinitamente bueno. Dicho en otras palabras, el origen del mal, como expresa el relato de la caída (Gn 3), está en la humanidad y, en consecuencia, al habitar Dios en el cielo, queda inmaculada su pureza y perfección.

Prosigue su traducción con *Sea santificado tu nombre*. En este epígrafe Weil aclara que su santo nombre sólo puede ser pronunciado por sí mismo. El nombre del Verbo es inefable para los labios humanos. Pronunciar su nombre es la única forma de acceso humano a Él. Nombre que es la santidad misma. La filósofa francófona afirma que somos deseo, y ese intenso deseo y anhelo de Dios es, justamente, lo que permite pasar del tiempo a la eternidad, superando los encadenamientos que nos oprimen.

Venga tu reino indica una espera, un "algo" por-venir. Según ella, el reino de Dios, lo que está porvenir, es el Espíritu Santo llenando el alma de las criaturas. Se trata de invocarlo, de llamarlo pura y simplemente. La autora realiza, en este punto, una sugerente e ilustrativa metáfora. Esta es, cuando se está al límite de la sed, no basta con la acción de beber, sino que se anhela el agua en sí, y esta imagen del agua es un grito de todo ser.

Con *Hágase tu voluntad*, Weil ilustra, con ciertos matices estoicos, la noción de omnipotencia divina. Según ella, todos los acontecimientos pretéritos son producto de la voluntad del Padre. De igual forma, también los que sucederán, una vez pasados, serán conforme a la voluntad divina. Introduce así una profunda reflexión sobre el tiempo y la eternidad, así como la relación entre ellos. En cualquier caso, concluye, hay que desear cuanto ha sucedido, no porque haya sucedido y esté bien a nuestros ojos, sino porque Dios lo ha permitido. La obediencia a Dios por el devenir de los acontecimientos es "por sí misma un bien absoluto" (p. 34).

Weil avanza su traducción del Padrenuestro con el epígrafe *Así en el cielo como en la tierra.* Siguiendo la relación establecida entre el deseo y la voluntad de Dios, afirma que se ha de extender a los aspectos espirituales. Para ella, hay que renunciar a los deseos mundanos y centrarse únicamente en la vida eterna.

Nuestro pan, que es sobrenatural, dánoslo hoy. A propósito de su particular versión de esta parte, Weil introduce la dimensión divina del pan, a saber, la comparecencia de Cristo. Bajo su perspectiva, el consentimiento de su presencia es lo mismo que su manifestación; es un hecho y, como tal, es siempre actual. Vivimos y sobrevivimos porque injerimos energía externa. Somos seres necesitados. No obstante, no debemos pedir nada respecto a los acontecimientos, sino que sean conformes a la voluntad de Dios. Es la energía trascendente, que está en el cielo, la que se derrama sobre nosotros desde el instante que la deseamos.

Este aspecto conecta con el siguiente, *Y perdónanos nuestras deudas, así como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores*. Aquí Weil reflexiona detenidamente sobre la idea de deuda, de reparación de las ofensas, del reconocimiento del bien que pensamos haber hecho y, en general, de todo cuanto esperamos de las personas y de nuestros "derechos". El derecho de compensación del esfuerzo, el derecho a la permanencia, etc. Pensamientos que tienen relación con nuestro apego al pasado. Según Weil, el instinto de conservación hace sentir la continuidad como necesidad, y creer que esta necesidad es un derecho. Pedir a Dios que perdone nuestras deudas es solicitarle que anule nuestro mal. Al fin y al cabo, esto es aceptar la muerte, pedirle que nos haga revivir purificados del mal que hay en nosotros.

Y no nos arrojes a la tentación, sino protégenos del mal. Weil destaca que, a pesar de que ya se ha recibido el pan sobrenatural en el momento solicitado, la persona persiste en su temor al futuro pudiendo provocar nuevas caídas. Al punto

que no podemos dejar de pedir la purificación del mal que hay en nosotros. Por este motivo, el miedo inicial ha de culminar en confianza.

En síntesis, Weil clausura su análisis del Padrenuestro recapitulando las seis peticiones que contiene, correspondidas por pares. En este paralelismo, la intelectual francesa señala que las tres primeras tienen la peculiaridad de orientar la atención hacia Dios, mientras que las tres segundas dirigen la mirada hacia uno mismo, obligando al sujeto a hacer de ellas un acto real y no únicamente imaginario.

Cierra el libro una compilación de textos sobre el Padrenuestro, extraídos de su desperdigada obra, principalmente de *A la espera de Dios* (2026), incluyendo algún fragmento de *La gravedad y la gracia* (2025), de *La condición obrera* (2014), de *El conocimiento sobrenatural* (2003) y de *Cuadernos* (2001). Seleccionados con solicitud, sin lugar a duda, ayudan al lector a situar el Padrenuestro, facilitando su interpretación en el conjunto de su vasta obra y fecundo pensamiento. Un pensamiento a caballo entre la filosofía, la política, el activismo sindical y la teología y que, pese al paso del tiempo, sigue alumbrando nuestra liviana reflexión. De ahí el sumo interés de este conveniente y aconsejable monográfico cuya lectura recomendamos encarecidamente.

Isabel Vilafranca Manguán

Universitat de Barcelona